

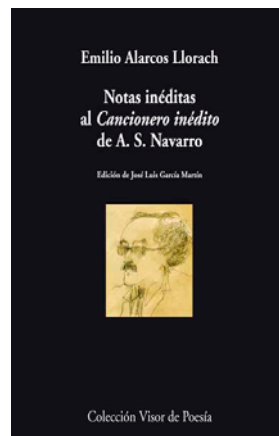
Notas a *Notas inéditas al Cancionero inédito de A. S. Navarro*, de Emilio Alarcos Llorach¹

Teresa Garbí

<http://teresagarbi.wordpress.com/>

“Pero ante todo dame poder,
para enfurecer las aguas
y florecer las rosas cuando quiera”
(Poema 40)

¹ Colección Visor de Poesía, Madrid, 2012.



Aparte de la enorme inteligencia y del distanciamiento irónico con el que Emilio Alarcos afronta los poemas de A. S. Navarro, señalo algo que me parece esencial: el humor cervantino de los comentarios y de la atribución de la autoría de los poemas. Ya en el prólogo el autor amanuense desmitifica el propio prólogo y dice: “Y basta ya de prólogo” (p. 15).

El hecho de que el “amanuense” tenga veinticuatro años y los poemas se hayan comenzado a los dieciocho sorprende al lector por su madurez y su lucidez. Porque quien comenta con tan fina ironía no tiene sesenta años, sino que está en plena juventud, poco dada al distanciamiento.

Al tratarse de un excelente lingüista, maestro de nuestra Lingüística actual, nos sorprende también por la humanidad que demuestran los poemas y los comentarios. Sin duda, el maestro Alarcos Llorach fue un Humanista, con mayúscula, y un ser humano excepcional.

Es muy interesante el juego de espejos que ofrece en las Anotaciones. El poema existencialista que constata “la fugacidad de las cosas y su irremediable pérdida una vez pasadas” (p. 17), frente al que se alza el espejo de la razón: la mirada objetiva.

Alarcos no sólo desdramatiza y desmitifica los poemas de N. Analiza sus leit motivs, propone

sus antecedentes, dibuja su mundo poético, constata sus fallos. Respecto a esto último, véase la nota al poema 1: “Por lo demás la composición no nos muestra una gran dosis de poesía y presenta huellas de los poetas castellanos de la tercera década del siglo” (p. 18). Lo que añade perspectiva y retranca a estos comentarios es que sabemos que se refieren a sus propios poemas.

Frente a la soledad y la muerte rastrea el tema del amor como contrapunto y lo constata en “otra componcioncilla” —los subrayados son míos—, término que rebaja por completo la universalidad y grandeza de los temas de los que habla: soledad, muerte, amor. Que lo humaniza,

también. Sobre la entrega platónica de A. S. Navarro, Alarcos comenta: “Este N. tenía una raigambre platónica de larga duración. No se explica uno cómo la misma espiritual amada anduvo tanto tiempo por sus versetes” (p. 108).

Y en la nota al poema 5 ironiza también sobre los poetas “enormes”

cuyos autores parecen todos
Sísifos, Ticios o Tántalos torturados
con tremendas e insaciables desgracias:
o cargados con un enorme peñón o devorados por cóndores o inmovilizados ante la vista de lo ansiado e inalcanzable. En el día de mañana dirán los ilustres críticos —nadie mejor que Alarcos estudió y encumbró la poesía de Blas de Otero— lo que hay de verdad en esta poesía y lo que hay de tópico a la moda (p. 24).

Resulta clarificador el comentario al poema 9: Alarcos opone a la desesperación irracional “una pétrea frialdad e indiferencia (tal vez comodidad)” (p. 32). Como lo demuestra su advertencia: “Y pasemos adelante”, que parece decir al lector: no nos encenaguemos en esto, no tiene importancia.

Clarividentes son los comentarios que el profesor Alarcos ofrece sobre la poesía de A. S. Navarro. Pero no se trata sólo de comentarios a un poeta. Como hemos visto, a partir de estos poemas reflexiona sobre los poetas “enormes” del momento, sobre los temas recurrentes que emparentan con otros poetas y sobre la sinceridad o no de la poesía enórmica y religiosa. Sobre este último aspecto:

En otros creo, modestamente, que Dios y la religión y otras metafísicas paradisiacas son solo un tópico de misticismo panteísta a la moda. Que el que hable a Dios crea en Él, bien está hasta cierto punto. Pero que los que no se ocupan de Él para nada en su vida diaria nos lo enjareten siempre en sus versos, no me parece nada bien (p. 35).

No obstante, la vida es compleja y abarca la contradicción. La visión que de los poemas de N. y de su época nos ofrece Alarcos es de una gran complejidad y matices. A través de capas y capas de reflexiones, de diferentes planos desde los que se observan los poemas, aflora la personalidad de N. y la suya propia como crítico. Se trata, como hemos señalado antes, de la utilización de espejos confrontados que agrandan las imágenes, las interiorizan y las dotan de perspectivas sorprendentes.

Obsérvese el comentario al poema 16: “El autor debió pasearse por alguna alameda en la noche (...) En retórica esta figura tiene un nombre. Yo me lo callo” (p. 45). Alarcos, insisto, ironiza, desdramatiza la situación. Al ser otro el que se supone ha escrito el Cancionero es fácil asumir lo personal, dado que se ofrece como algo despersonalizado, que pertenece a otro, y facilita, por tanto, su expresión.

La lucidez de los comentarios de Alarcos no se queda en ironizar sobre su propia poesía, convertida en objeto de estudio, como ya lo hemos mencionado. Ironiza asimismo sobre sus propias críticas: “No creo que haya sido un lince en mi capacidad interpretativa. No entenderé gran cosa de poesía, pero en cuanto a dar vueltas a cada hecho o expresión y explicarlos a mi modo tengo cierta habilidad” (p. 45).

En el comentario al poema 29 dice Alarcos: “Et sic caeteris, podríamos ir explicando este poemilla enórmico de A. S. Navarro, pero las ganas nos faltan y la obligación no existe, pues no es este comentario un ejercicio inesquivable de oposiciones a cátedras sobre el análisis estilístico —stilisch oder kamelistisch?— de algún texto clásico” (p. 72) Y, en medio de los comentarios a la poesía de N. y de la ironía a la crítica literaria, en este caso, a la Estilística, define con justeza el sentimiento que embarga a N.: “Es este afán de lo que va envejeciendo en nosotros, por morir del todo” (72).

Nada se escapa al humor cervantino de Alarcos. Crea un juego de espejos, ya lo hemos dicho, un juego humano y divertido. Un juego literario, un caleidoscopio inacabable en el que Alarcos va siempre más allá y nos sorprende. Dice José Luis García Martín que Alarcos se manifiesta discípulo de Dámaso Alonso, pero no parece tomarse muy en serio el método Estilístico que frecuentó Dámaso, seguramente por parecerle también enórmico.

Cervantina es su consideración de la amada, que se vislumbra en los poemas de N.: “Aquí debe de recordar el autor el día que conoció o descubrió —¡o inventó!— a su amada” (p. 50). Cervantino es su perspectivismo lingüístico, en terminología de Leo Spitzer: “No me gusta nada ese rabo, cola o pedúnculo —ineluctablemente— con que N. remata su obra” (p. 50).

Y ya que citamos esta apreciación sobre el uso de palabras que pueden ofrecer una imagen caleidoscópica de la cambiante realidad, bueno será que señalemos la riqueza de vocabulario de A. S. Navarro. Palabras como: zuñe, añafles, árgoma, garfados, escajos, arfando, orvallo, arecho, argomales, arrecirme, hostigo de cición, aguas nidias, olvidadas hoy en día, son utilizadas por N. con criterio y precisión. Sin duda, comparte A. S. Navarro con la generación del 98 el gusto por los viejos vocablos que enriquecen la expresión literaria. Gimnasia lingüística necesaria para la renovación y enriquecimiento del idioma.

Cuando Alarcos sitúa a N. en la estela de Unamuno —comentario al poema 2, por ejemplo— y a A. Machado —comentario al poema 19—, apreciamos el evidente sentido del humor con que habla de sí mismo. Véase en el 19: “En esto de recordar el paisaje de la tierra de la amada me huelen los versos de N. un tanto a A. Machado, poeta, a quien yo sé que N. leía frecuentemente” (p. 53).

A menudo los versos contundentes de N.: “Y el mundo se apagó sobre mis hombros” (p. 55) provocan que el maestro Alarcos escriba sobre ellos sin distanciamiento. Sin ironía Alarcos constata: “el sentimiento de la soledad y de la definitiva ruina que acecha a todas las cosas del mundo”. Se trata del comentario al poema 21, cuyo estribillo Como el viento de la noche “presta a los versos ese ritmo sosegado de algo vivo pero quieto” (p. 57).

Alarcos, como Cervantes, salva en medio del enfoque humorístico, irónico, lo más auténticamente humano, pero a continuación, en el comentario al poema 22, en ese juego de espejos, dice: “N. es un hombre fundamentalmente amargado que se encuentra vacío a la menor falta de ilusión” (p. 58). Véase también la manera distanciada en que señala el interés de N. por “el sentimiento del tiempo” (p. 60) o por la nada que, según dice, prodiga N. (p. 18).

Realmente esa ironía distanciadora permite ahondar en todos los temas, dándole levedad a su tratamiento. Esto ocurre cuando se refiere a la posible sinceridad de los poetas y a su entusiasmo (p. 66).

Merece la pena destacar que pese a distanciarse de los poetas enórmicos, Alarcos es, sin duda, un precedente de los mismos, por ejemplo, entre otros muchos, en el poema 42, dedicado “A la mayoría”. O en el 44 donde el poeta muestra su desprecio por la masa y por él mismo. Interesantes son los irónicos comentarios de Alarcos: “Está influenciado aquí el bueno de N. por ese autodesprecio literario de que hacen gala los poetas hoy día; tienen tanto asco al ambiente que por tropo se lo tienen literariamente a sí mismos, pero sólo literariamente” (p. 103).

Esta perspectiva, esa mirada desde arriba, en picado, que dirige el joven Alarcos a sus obras adolescentes, la adjudica también a su alter ego, N.: “Parece que nos

mira desde lo alto de la cuesta”, dice Alarcos para definir esa mirada que a mi entender está bañada de compasión, en el sentido etimológico de compartir el dolor. Por eso utiliza habitualmente diminutivos en *__illo* y esa ironía bondadosa. Véase lo que digo en el comentario al poema 53: “La cosa me parece bastante emocionada, aunque haya no pocos lagunajos de no poesía: la escoria es inevitable y más en quien, como N., no releía sus obrecillas” (p. 118).

También el flash back que supone la aproximación a un mundo ya concluido, el de la primera juventud, añade una bruma distanciadora a los poemas.

La melancolía que destilan los días, los paisajes, la vida y su monotonía, son elementos que como dice el propio Alarcos, vinculan la poesía de N. a A. Machado. También el pesimismo, el hastío, la presencia de la muerte y sobre todo el tiempo. Como “Palabra esencial en el tiempo” definía Machado su poesía y “temporal” es también la poesía de N.

De “fiebre congojosa” califica Alarcos la preocupación existencialista de N. La soledad, la ignorancia de lo que más nos interesa: qué somos, adónde vamos, de dónde venimos —véase, entre otros, el poema 74 (p. 161) —, que poetizó el Modernismo y el 98, es también desdramatizada con esta consideración.

Frente al no saber y al paso voraz del tiempo, que se sucede implacable, queda el instante, el todavía machadiano: “Ahora, ahora, y muchos ahoras./ Eterna procesión de ahoras./ Ahora, este ahora,/ este yo” (75; p. 162). O como puede verse en el poema 77 (p. 167): “Ensarta más instantes,/ más fulgentes estrellas de alta dicha,/ hasta el final chasquido que una tarde/ quebrará en nuestros ojos el crepúsculo.” La lluvia, al igual que en A. Machado, brilla como metáfora del paso del tiempo, pero también de paz: “Pensemos que

se nos pasará la vida:/ mansa vida aquietadora/ de los campos, de las almas” (80; p. 171). A partir del poema 87 el comentario desaparece. El poeta se plantea para qué escribir: “Al final no oír a nadie nuestra frase:/ como el vuelo de un ave, su fluir/ se perderá en el cielo puro y blanco/ del vacío, que acecha nuestro flanco” (88; p. 183).

Los sucesivos poemas tratan de separación y de muerte sin sentido. En repetidas ocasiones aparece la palabra nada. El último comentario de E. Alarcos es un lacónico: “Y se acaban las composiciones del autor” (p. 197). ¿Por qué no comenta los últimos poemas? ¿Acaso no quería ironizar sobre ellos? ¿Acaso los quería dejar en la sombra? ¿Acaso no quería dar pistas, desvelarlos? Tal vez. Es posible que todo sea más fácil: el poeta Alarcos aún se reconoce en esos poemas y por eso no se distancia o no quiere distanciarse de ellos.

En definitiva: compartimos la opinión de García Martín respecto a la pervivencia del interés por la poesía del maestro Alarcos. Nos asombran los poemas y los comentarios del Cancionero de A. S. Navarro, escritos a tan temprana edad, que manifiestan un sentido crítico de primer orden, una cultura plenamente formada —¡a los veinticuatro años!— y un experimento —el desdoblamiento en poeta y crítico— con muy pocos precedentes en nuestro país. Hemos citado a Cervantes, a Unamuno y a Antonio Machado. Nos falta aludir a Pessoa, aunque Alarcos no lo nombra como influencia.

Notas inéditas al Cancionero inédito de A. S. Navarro aporta matices poéticos y personales que dan profundidad al lingüista y poeta Alarcos Llorach. Ese desdoblamiento señalado entre poeta y crítico y el clarividente juicio crítico de Alarcos hacen de la publicación de este libro por la editorial Visor un verdadero acierto.